

La polémica de la unidad sindical

Portugal ha entablado un debate muy grave, que podría parecer prematuro para una situación donde los poderes son provisionales y están a la espera de las elecciones de fines de marzo (aunque hay algunos rumores de que podrían aplazarse) para formar una Asamblea constituyente: el de la ley sindical. Parece que con mayor claridad podría dictaminarse cuál ha de ser la institución de los sindicatos una vez elegidos los representantes del pueblo. Pero hay algunas razones para la urgencia. La primera es que el período de un año —menos de un año— fijado entre el movimiento y las elecciones es el período revolucionario: es decir, aquel en que han de construirse ciertas premisas, cierta legalidad revolucionaria, que habrá de ser respetada después y considerada como básica o de principios fundamentales; y en el programa de las Fuerzas Armadas figura que uno de esos principios ha de ser la pluralidad de partidos y la unidad sindical. La segunda, que algunas fuerzas políticas temen que las primeras elecciones posrevolucionarias puedan no ser realmente representativas, y no lo serán hasta que la máquina democrática esté bien engrasada. Las zonas rurales están dominadas todavía por el caciquismo y por la iglesia antigua; algunas fuerzas en el poder utilizan éste para asentar su poder electoral. Entre las fuerzas que temen que el resultado de las elecciones no sea representativo está el partido comunista; está también el MDP (Movimiento Democrático Portugués), el movimiento democrático de las mujeres, el movimiento de la Juventud Trabajadora, la Unión de Estudiantes comunistas. El partido comunista tiene bastante que temer de ciertas presiones importantes —la de Estados Unidos no se disimula; la de la Europa de los nueve, si se disimula— y de ciertos intentos interiores. Notemos que el partido comunista no ha sido oficialmente reconocido como tal por el Tribunal Supremo hasta el 15 de enero (aunque con fecha de 26 de diciembre de 1974, que es cuando se consideró completo el expediente) y que tiene un gran competidor con un poder sólido, que es el partido socialista.

Las Fuerzas Armadas propugnan la unidad sindical, el sindicato único: es el punto de vista del partido comunista y de las otras formaciones citadas. Pero el partido socialista y otras formaciones que van desde la extrema izquier-

da a la derecha pretenden la libertad sindical. Los argumentos visibles son ya clásicos en este viejo debate universal.

El partido socialista cree que la libertad sindical es, simplemente, la libertad del trabajador de asociarse en defensa de su trabajo en la agrupación que le parezca que representa mejor sus intereses y sus ideas. Podría encontrarse su expresión más directa en las palabras de Salgado Zenha, ministro de Justicia: es él quien en el seno del gobierno, y en sus intervenciones públicas, ha llevado la voz cantante de la libertad sindical, aunque la inspiración venga, como es lógico, del secretario general del partido, Mario Soares. Dice Salgado Zenha que «el sindicato único es una puerta que se abre al partido único y, por qué no, a la lista única en las elecciones. Se nos podrá decir que es ya inútil elegir una Constitución. Nosotros rechazamos todo lo que es monolitismo, todo lo que es el autoritarismo de la dictadura fascista». Ya salió la palabra: fascismo. Es una piedra que en estos debates todos se arrojan unos a otros.

No la evitarán tampoco los comunistas, para quienes «no ha terminado todavía la batalla entre el fascismo y las fuerzas de la izquierda». La unidad sindical

la consideran básica. Oigamos a Alvaro Cunhal: «No es deseable que fuerzas exteriores al mundo del trabajo puedan intervenir en los sindicatos, porque los sindicatos no deben convertirse en instrumentos de los partidos políticos, lo que equivaldría a debilitar la capacidad de diálogo de la clase obrera frente al patronato». Es una voz antigua. El problema de la unidad estaba presente en la I Internacional y, desde luego, desde antes de ella. No es sólo una consigna comunista —«¡Proletarios de todos los países, uníos!»—, sino de larga tradición sindical. Está en el origen de la creación de los gremios. Está tanto en la doctrina de Marx como en la de Bakunin. Aun los bakuninistas, los libertarios, la defendían con el máximo ardor, desde el punto de vista de que el sindicalismo es en sí una fuerza con unos objetivos muy claros y muy determinados lejos de la política de partidos (en España la defendió con vigor Angel Pestaña, entre otros). Lejos del anarquismo y del comunismo, los sindicatos británicos la han conseguido en sus «trade unions». No la tienen otros países de Occidente. En Estados Unidos, el sindicalismo se pudrió por ser base de luchas políticas fomentadas por el poder del capital. En Francia, los sindicatos son diversos, pero desde hace algún tiempo sus acciones son conjuntas.

Volvamos a Portugal. En la manifestación del día 14 a favor del sindicalismo único —50.000 personas según la prensa contraria, 300.000 según la favorable— el miembro del secretariado de la Organización Intersindical expuso

la doctrina de los actuales sindicatos: «Todos nos hemos pronunciado ya de forma decisiva y firme sobre lo que entendemos por libertad sindical, principio que deseamos ver consagrado por la ley. Para nosotros, los trabajadores, libertad sindical es una expresión que, por naturaleza, se opone al pluralismo sindical. Para nosotros, los trabajadores, libertad sindical significa la posibilidad de constituirnos nosotros mismos en organismos autónomos de clase que defiendan nuestros intereses colectivos (...). No queremos la división del movimiento sindical, porque sabemos muy bien que esta libertad sindical es interpretada como la concesión de la facultad de crear sindicatos paralelos, por intereses extraños a nosotros, los trabajadores, y utilizada en contra nuestra. La voz del movimiento de las Fuerzas Armadas —que en sucesivos comunicados se ha manifestado siempre favorable al sindicato único— estuvo representada en la manifestación por el capitán Costa Martins, ministro de Trabajo. «¿Quién tiene miedo del pueblo?», se preguntó en su discurso. La frase se ha convertido en un «slogan» de los partidarios de la unidad sindical.

Pero en torno a esta cuestión hay, evidentemente, cuestiones de disputa de poder. Para el partido socialista está claro que el sindicato único va a estar dominado por los comunistas. Puede muy bien ocurrir que los comunistas sean eliminados del gobierno que surja de las elecciones y que el número de sus diputados resulte escaso, pero el dominio de la organización sindical puede darles



Durante la manifestación del día 14 en favor del sindicalismo único, el representante del MFA y ministro de Trabajo, capitán Costa Martins, pronunció una frase que se ha convertido ya en «slogan»: «¿Quién tiene miedo del pueblo?».

un poder trascendental. Los socialistas y las derechas —sin duda por razones distintas: no es honesto homologar el socialismo de Soares, aunque haya sido ya escindido por la izquierda, con la derecha— temen que ese poder en un país con hambre de salarios y mejoras laborales puede ser decisivo. Mucho más si se apoya, como hasta ahora, en las Fuerzas Armadas. Cunhal ha señalado que no hay en el país más que dos poderes reales y que cuentan: el ejército y el pueblo. Pero los socialistas sacan ya sus palabras mayores. Se vuelve en Portugal a terrenos ya explorados, ya conocidos en otros lugares: Marcel Niedergang cita que los socialistas en sus conversaciones privadas (no tan privadas, puesto que van dirigidas al enviado especial de «Le Monde») consideran que el partido comunista portugués «recibe fondos importantes de la Unión Soviética» y que «la táctica de los amigos de Alvaro Cunhal es demasiado sutil para estar elaborada en Lisboa». Con lo cual vienen a dar la razón a los Estados Unidos, que irradian a Portugal de las conversaciones de la OTAN porque suponen que el ministro comunista Alvaro Cunhal podría comunicar los secretos de la defensa occidental a la Unión Soviética. La respuesta de los comunistas es la de que el partido socialista ha dejado de ser un grupo de izquierdas, y que en su retroceso ha desbordado el centro y se sitúa ya a la derecha. En la reunión socialista del jueves de la

semana pasada, los socialistas responden: «Nuestro partido no va a contribuir a la instauración de una democracia burguesa».

No merece la pena insistir en los datos de esta polémica. Son históricamente conocidos. En todo caso, nos enseñan que este tipo de debate se repite incesantemente cada vez que una situación adecuada lo requiere. Incluso por encima de las conveniencias comunes, y hasta el punto de amenazar gravemente la coalición gubernamental provisional, hasta el punto de despedazar, una vez más, a la izquierda.

El debate está, hasta la fecha de escribir estas líneas, sin concluir. Tampoco hasta ahora se ha roto el gobierno; las amenazas subterráneas de dimisión de Mario Soares y de Zenha no se han llevado a la práctica. Este gobierno debería resistir hasta las elecciones de marzo, o quizá de abril (entre los rumores más consistentes figura el de que la fecha electoral sea la del 25 de abril, al cumplirse el año preciso de la caída del viejo régimen). Unas elecciones que en cualquier caso darán un muestrario de gran variedad política, y que sin duda requerirán un gobierno de coalición porque ningún partido obtenga la mayoría absoluta. No sería demasiado raro ver a estos amigos de ayer y enemigos de hoy, socialistas y comunistas, restablecer un programa de gobierno unido. Al que hoy los socialistas ya se están negando. ■ JUAN AL-DEBARAN.



Manifestación en Luanda a favor de la independencia. En la pancarta aparece un retrato de Holden Roberto rodeado de las siglas de los distintos partidos que han firmado el acuerdo con el Estado portugués.

gradualmente, cada uno de los tres partidos proporcionará en principio seis mil hombres, que se fundirán en ese ejército, que aún quedará bajo control portugués hasta la culminación de la independencia (18.000 soldados portugueses, o sea, la mitad del ejército).

Bajo el alto comisario y el consejo asesor se constituirá un gobierno provisional formado por

los tres grupos en partes muy equilibradas y con una representación de portugueses, que defenderán los intereses de los blancos en Angola. La distribución de carteras entre estos cuatro sectores está ya esbozada. Parece que la de Comunicación Social corresponde al MPLA; la de Trabajo, a UNITA, y la del Interior, al FNLA: los portugueses nombrarían los ministros de Economía, Transpor-

ANGOLA

Fórmula para una independencia

En una semana ha quedado dispuesto el calendario y el programa de la independencia para Angola. Las dificultades han procedido más de las diferencias entre los tres movimientos de liberación de la aún colonia portuguesa representados en la conferencia que de los propios portugueses. En los diez meses próximos irán cumpliéndose diversas etapas de la devolución del territorio hasta culminar, el 11 de noviembre, en la soberanía absoluta de los angoleños. Así se cierra "un capítulo que las fuerzas retrógradas prolongaron injustamente", según el Presidente Costa Gomes en las palabras que pronunció en el acto de la firma de los acuerdos entre el Estado portugués, el FNLA de Holden Roberto, la UNITA de Jonas Savimbi y el MPLA de Agostinho Neto.

La conferencia trabajó ("con una generación de retraso en las

corrientes de la historia") hasta "sustituir el gatillo por el diálogo, reconocido el derecho de ambos pueblos a la independencia y la libertad, de modo que los abrazos y la confraternización sustituirán rápidamente a las confrontaciones violentas" (Agostinho Neto).

El acuerdo prevé la celebración de elecciones para una asamblea constituyente antes de ser proclamada la independencia. Esta asamblea elegirá un presidente de la República de Angola, y él será quien reciba de manos de quien sea en ese momento (11 de noviembre) presidente de la República de Portugal los protocolos de independencia. Durante estos diez meses, un alto comisario portugués gobernará el país, pero asistido por un consejo presidencial, cuya presidencia se alternará por turno de rotación entre los tres grupos. La creación de un ejército nacional se irá haciendo



El Presidente portugués, general Costa Gomes, estrecha la mano del dirigente del FNLA, Holden Roberto, tras la reunión de Alvor.